

<b>El honor del guerrero</b>	<b>155</b>
<b>Estrategia para la Cooperación Española</b>	<b>159</b>
<b>La nouvelle architecture de securité en Europe y La guerre de Kosovo</b>	<b>161</b>
<b>Palestine Poverty Report</b>	<b>164</b>
<b>Que salga el sol</b>	<b>167</b>
<b>Globalización y género</b>	<b>168</b>
<b>La guerra contra los niños</b>	<b>171</b>
<b>Hacia un futuro ecológico</b>	<b>172</b>

**MICHAEL IGNATIEFF**

**El honor del guerrero**

Taurus, Madrid, 1999,  
197 páginas.

Versión original: *The Warrior's Honor: Ethnic War and Modern Conscience*  
Michael Ignatieff,  
Metropolitan/Henry Holt,  
207 páginas.

Michael Ignatieff ha escrito con mucha elocuencia sobre lugares en los que reina la crueldad –Rwanda, Bosnia, Afganistán. En esta colección de cinco ensayos, se pregunta qué hace que estas guerras sean tan brutales, cuál es la mejor forma de ayudar a las víctimas, qué se debe y qué se puede hacer desde fuera –preguntas tan obvias como difíciles de responder, cuestiones que a todos nos preocupan. Su punto de vista es el de alguien que mira hacia aquellos años, pocos, en los que un mundo comprometido deseaba intervenir, antes de que empezara a retirarse de las situaciones conflictivas con desagrado. “Las catástrofes gemelas de Srebrenica y Rwanda pusieron término al breve periodo de esperanzas que se había abierto en 1989”, dice, y ahora “la falta de escritos que expliquen los hechos está erosionando las éticas del compromiso”. Ignatieff desea encontrar la forma de parar esta erosión, y aunque no puede dar explicaciones claras, encuentra un lugar en el que depositar sus esperanzas. No hay que cometer el error de pensar que el título del libro es irónico. El título es el que lleva su último ensayo. Pero, antes de comentarlo, es conveniente empezar, como lo

hace el libro, por el capítulo dedicado a la televisión, publicado por primera vez en 1985. La conciencia moderna se conmueve con las imágenes de los desastres del Tercer Mundo, según Ignatieff, aun cuando dichas imágenes no sean más que “una única mercancía banalizada del horror”, superficial y *voyerística*. La televisión pone en marcha un “mito de fraternidad humana” que se ha ido creando con la Cristiandad, la Ilustración y nuestra reacción ante el Holocausto. Este mito ha perdido su optimismo original; el universalismo contemporáneo procede de “un siglo de guerra total (que) nos ha convertido a todos en víctimas” y se apoya “menos en una visión del hombre como hacedor de su historia que del hombre como lobo para los de su propia especie”. Es obvio que el ensayo ha sido revisado después de 1985, puesto que menciona a Ruanda y Bosnia; Ignatieff, sin embargo, no presta atención a la cobertura real de los acontecimientos, a la forma en que cada una de las atrocidades ha sido filmada, publicada o presentada. Considera que las noticias de televisión son un género defectuoso, una forma que frustra los propósitos de sus mejores profesionales; que es un negocio, es algo que no se menciona. Pese a algunos insultos espléndidos, su denuncia se limita a expresar un desagrado general por el mercadeo del sufrimiento; y su ambivalente elogio a la televisión que actúa de testigo no es menos abstracto. Nos quedamos preguntándonos por la naturaleza de la ética humanitaria que pudiera florecer de un medio semejante. Unos diez años después, Ignatieff está agachado junto a un soldado serbio en el sótano de una granja

del este de Croacia, tratando de “comprender por qué los vecinos se han convertido en enemigos”. Cuando el miliciano, en guardia contra los croatas que antes fueron sus compañeros de escuela y trabajo, intentaba explicar la diferencia entre los cigarrillos serbios y los croatas, las pretensiones de clase serbias y las croatas, terminó diciendo “Todos somos pura mierda balcánica”. Ignatieff ve el mito nacionalista en lucha con la experiencia vivida, y la violencia disolviendo momentáneamente la contradicción. Antes de la guerra, este hombre era muchas cosas; ahora no es más que un serbio, “y porque no es más que un serbio para sus enemigos, se ha convertido en un serbio sin más para sí mismo”. Ignatieff prosigue diciendo que el nacionalismo se comprende mejor con la historia de Caín y Abel, como una versión del narcisismo de las diferencias menores de Freud. “No hay guerras más salvajes que las guerras civiles ni odios más enconados que los que hay entre parientes próximos”. ¿De verdad? Roma no fue saqueada, Auschwitz no estuvo repleto de personas, Hiroshima no fue bombardeada, por parientes. La televisión de Milosevic, cuando manipulaba a ese soldado serbio con el nacionalismo, no hablaba de menor diferencia sino de atrocidades y matanzas. No importa. Para Ignatieff lo más importante es que lo étnico “no es una piel, sino una máscara, que se pinta y repinta constantemente”. Pero él modifica inmediatamente esta verdad tan obvia y afirma que sólo los hermanos están simplemente pintados y enmascarados dentro de la diferencia; fuera de la familia, los otros son en gran manera el otro. La moderna ética universalizadora

—la creencia en un ser similar debajo de la máscara— es una “ficción liberal”. “Requiere un autoconsciente ocultamiento de ciertas realidades empíricas... se da por supuesto que juez y jurado ignoran las identidades visibles (de los acusados) —como hombre, mujer, negro, blanco, rico, pobre— y los interpretan como si fueran simples unidades iguales”. ¿Por qué una ficción?, (Por qué liberal, si vamos a eso - ¿o es que los demócratas radicales se toman la idea mucho más en serio? ¿Puede que sea sólo una ficción para los liberales?) ¿Son esas diferencias “mayores” en vez de “menores” y, si son menores, es una pura convención literaria desdeñarlas? Si estas diferencias específicas no son simples marcas, merecemos saber por qué. ¿Por qué apresurarse tanto en convertir una “ética basada en supuestos hechos de naturaleza humana, especialmente nuestra universal susceptibilidad ante el sufrimiento y la crueldad” en un tema de puro mito? ¿Ha oído hablar Ignatieff de razas inmunes al dolor? ¿Habría que notificárselo a los biólogos? Lo que molesta tanto de la pretenciosa cantinela de Ignatieff sobre el mito y la moralidad es que, de un brinco, puede pasar de ella a un reportaje preciso y evocador que captura todas las ambigüedades convertidas por lo demás en mera retórica. En un capítulo basado en un ensayo de 1995, “La seducción del disgusto moral” sigue a Boutros Ghali en África en el momento de la caída de Srebrenica. En Ruanda, llevan a Boutros Ghali a unas letrinas en la que se habían desenterrado unos cuerpos un año después de una matanza. “El secretario general se asomó a la hedionda oscuridad y después se retiró para respirar aire puro. La expresión de su rostro era la de un hombre profundamente y

con todas sus fuerzas metido en sí mismo.”

En Angola, Boutros Ghali abrazó a Jonas Savimbi y “correspondió a su sonrisa de reconocimiento.” En Zaire creyó que había convencido a Mobutu para que no expulsara a los refugiados hutus ruandeses (entre ellos, sin duda, muchos culpables de atrocidades cometidas contra los tutsi); a pesar de eso, Mobutu los expulsó. Boutros Ghali negoció pacientemente con un líder tras otro que tenían “las manos llenas de sangre”. Ignatieff, viendo la CNN, oye que “soldados serbobosnios se las habían ingeniado para que unos civiles salieran del bosque de las afueras de la ciudad donde estaban escondidos, los habían puesto en fila y los habían fusilado. Dicen que los serbios llevaban cascos azules”. Boutros Ghali está comprometido sin esperanzas; pero, tal como están las cosas, está haciendo lo que puede.

“Estaba presenciando el momento en que el internacionalismo liberal llegaba al final de sus días”, escribe Ignatieff. Occidente no tomará medidas más fuertes porque está atado por miedo al neocolonialismo (sólo atado cuando se trata de cosas que no quiere hacer, creo yo) y propenso al disgusto moral “una reacción objetiva a los acontecimientos, a la falta de capacidad para ayudarse a sí mismas que muestran año tras año las elites y sociedades” (un disgusto que no se hace tan evidente cuando se trata de subvencionar a esas elites en caso de que sus economías se encaminen al desastre). Ignatieff no habla de la forma en que el disgusto con las elites –y del neocolonialismo– puede de por sí incentivar la acción moral y la intervención humanitaria. Muchas de las personas a las que he

encontrado realizando trabajos peligrosos y a menudo sin esperanzas aparentes en los campos de refugiados o en las organizaciones humanitarias de Croacia, Bosnia y Serbia, se sentían impulsadas por la rabia frente a la amoralidad del poder. Y con su sola existencia demostraban cómo las sociedades se ayudan a sí mismas.

Ignatieff está frente a un dilema. Le atormenta la ambivalencia, hostil al análisis de izquierda, una persona compasiva en peligro de disgusto moral, buscando un mito en el que apoyarse. En “El honor del guerrero”, publicado en 1997, encuentra uno. Es el capítulo en el que –después de una larga y fascinante historia sobre el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)– retoma por fin una cuestión planteada en su introducción: Las salvajes guerras postmodernas las hacen soldados irregulares que no comparten nuestra ética universalista, defensora de los derechos humanos. Si nuestros fines son humanitarios es “mucho mejor recurrir a estos luchadores como guerreros que como seres humanos, porque los guerreros tienen códigos de honor; los seres humanos, en cuanto tales, no los tienen”.

El tiempo que pasó en Afganistán con el Comité Internacional de la Cruz Roja enseñó a Ignatieff a “replantearme mi cultura antibélica” y le convenció de que el humanitarismo eficaz “significa aceptar un pacto moral con el diablo de la guerra, procurando usar sus llamas para alumbrar un camino para la paz”. El CICR, al contrario que otras organizaciones humanitarias orientadas a la salvaguarda de los derechos humanos de forma activa, es neutral. Parte de su trabajo consiste en hacer respetar las

convenciones de Ginebra. Por tanto, a fin de ayudar eficazmente a los prisioneros de guerra (POW), precisa la cooperación de los militares, y, en consecuencia, no intercambia información con los tribunales para crímenes de guerra por miedo a perder esa cooperación. Según la descripción que hace Ignatieff del trabajo que realiza el CICR, se trata de una organización poderosa, acomodaticia pero valiente y creativa, llena de conflictos internos, fracasos y éxitos incompletos. Una descripción realmente impresionante. Sin embargo, no pretende demostrar que el CICR sea más eficaz o ayude a más gente que, por ejemplo, Médicos sin Fronteras o el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Por el contrario, Ignatieff, de un salto, pasa de esa compleja descripción a una visión. “En la mayoría de las sociedades tradicionales, el honor se asocia con la restricción, y la virilidad con la disciplina. En el porte viril de muchos viejos guerreros afganos... hay un orden marcial que es también una visión orgullosa de la identidad masculina”. Él no se extiende en detalles sobre el sentido de esa identidad, y yo no lo voy a hacer tampoco. Pero no es un subtexto para ignorarlo. Cuando el CICR se niega a unirse a otras agencias humanitarias en protesta por un decreto de los talibanes mediante el cual se impide que unas mujeres afganas sigan trabajando en su agencia, él le pregunta al director de Kabul “si consideraba que los derechos de las mujeres eran una cuestión humanitaria. ‘No, por supuesto’, contestó éste rápido. Estaba empezando a comprender que las leyes de la guerra son una cosa y los derechos humanos otra

diferente. El CICR cumplía las leyes de la guerra... Su legitimidad depende de su trabajo con los guerreros y señores de la guerra”. El CICR en su página web comenta que se siente feliz de informar que las mujeres afganas están trabajando de nuevo con la agencia, así, por favor, observe que esa orgullosa visión masculina es más de Ignatieff que de la Cruz Roja, es parte de su vacilación entre “guerrero” y “soldado”. La propia palabra guerrero ya es una forma de nostalgia. Los guerreros son una invención medieval. Los soldados son reales, pero Ignatieff ve a los soldados como si fueran guerreros.

“Más que desarrollo, más que ayuda o socorros de emergencia, más que mantenedores de la paz”, dice, lo que necesitan los países en riesgo en la postguerra fría mundial son “ejércitos profesionales bajo el mando de jefes bien preparados”. Pensemos unos segundos en los ejércitos profesionales. Los japoneses en Nanking, los rusos en Berlín o Chechenia, nosotros en Vietnam, los iraníes y los iraquíes en su guerra mutua, nosotros de nuevo en el Golfo y, además, los militares en cualquier momento en América Latina. ¿Cuentan los bombardeos? ¿Ha habido guerras en las que los soldados irregulares –partisanos, guerrillas– se hayan comportado mejor que los ejércitos regulares? ¿La fe en los militares no es uno de los cimientos del nacionalismo que inflama las guerras que Ignatieff deplora?

Él observa que la guerra civil de Angola duró treinta años y que la guerra afgana dura desde 1979, pero “en épocas pasadas, la guerra observaba sus propios límites ecológicos.” ¿Qué decir de la guerra que duró treinta años en Alemania y que acabó con un

tercio de la población alemana antes de 1648, en que se dio por concluida? Su ternura por aquellas maravillosas guerras del pasado es profunda e incontrolablemente salvaje. Hasta Bosnia es un testimonio en contra de lo que él dice. ¿No es Ratko Mladic, oficial de carrera, un criminal de guerra todavía más notable que el psiquiatra poeta Karadzic? Yugoslavia mantuvo un ejército absurdamente numeroso, que apoyó abrumadoramente la subida de Milosevic al poder. Sus tanques, tan profesionales, disolvieron las manifestaciones de Belgrado de marzo de 1991; armó y apoyó tanto a los croatas como a los serbobosnios; estaba implicado directamente en crímenes de guerra.

Después de pensar en el honor de esos guerreros en los que Ignatieff pone sus únicas esperanzas, es difícil leer con simpatía lo que dice sobre verdad y comisiones de reconciliación y juicios de crímenes de guerra. Yo sigo viendo a Pinochet, ese guerrero profesional (y honorable a sus ojos), intentando deslizarse a un escaño del Senado chileno para que no le fueran a pedir cuentas. No importa lo elegantes que sean algunas de las formulaciones de Ignatieff, lo bien que escriba sobre James Joyce, lo acertada que sea su opinión sobre, por ejemplo, la forma en que Rusia ha logrado reconciliarse con su pasado soviético –los soldados, sus guerreros, estorban. Por no mencionar que algunos rusos han instalado un Gulag Museum. Todo el libro está dirigido a crear una “conciencia moderna”, que confíe en una especie de *Real-Ethik*, un paralelo a la *Real-Politik*. La *Real-Politik* no es la política del realismo, ni de la realidad, por supuesto, no de la realidad vista desde abajo, desde

el punto de vista del granjero muerto en la línea de fuego, que no es el del guerrero apuntando a otro guerrero. Es la política de las cosas tal y como son y del poder tal y como es. Una ética que refleje tal política es inútil. Es el resultado de una falta de esperanzas totalmente comprensible, pero eso no hace que sea verdad. El honor del guerrero nos ha llevado a donde estamos, ya es hora de celebrar el honor del ciudadano.

*Erika Munk*

Miembro de la Yale University School of Drama (Nueva York), y editora de la revista *Theater*. Ha sido corresponsal en Bosnia y Croacia en 1993, 1994 y 1996. Este artículo se publicó en *The Nation*, Nueva York, el 23 de marzo de 1998.

Traducción: Mercedes Abad

**ALONSO, JOSÉ ANTONIO (Director) y Al. Estrategia para la Cooperación Española,** Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Secretaría de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, 1999.

Este libro es una obra de consulta *obligada* para todo aquel interesado en los problemas del desarrollo en general y de la cooperación española en particular. Es un libro cuya falta se notaba en el contexto de la joven cooperación española. Esta última ha recibido, en efecto, numerosas críticas, a veces

excesivas, normalmente bajo el principio de que “cuanto peor, mejor”. En algunos casos, estas críticas han sido unilaterales, subrayando los errores, aunque olvidando los aciertos y, también, pasando por alto lo que es, normalmente, la cooperación “desde” los gobiernos y su más que evidente heterogeneidad (Compárese la cooperación francesa con la noruega y la japonesa con la estadounidense y no sólo en su cuantía o su proporción con el respectivo PIB sino sobre todo en sus principios, objetivos y prioridades). Por lo que se refiere a la española, también ha sido objeto de alabanzas interesadas desde la cooperación, llamada “no” gubernamental, que necesitaba de los fondos gubernamentales para seguir existiendo. Un libro, entonces, que hiciera el estado de la cuestión era absolutamente necesario y que lo hiciera, como es el caso, con rigor académico y en permanente diálogo con la Administración, aunque con criterio propio.

La Oficina de Planificación y Evaluación del Ministerio de Asuntos Exteriores, como se indica repetidas veces en el texto, encargó este informe con el objetivo de disponer de una propuesta de trabajo sobre la que definir los contenidos del Primer Plan Director de la Cooperación Española (1999-2002), cosa que los autores hicieron mediante una síntesis, propositiva, que, efectivamente, constituyó el documento de base sobre el que la Administración inició su trabajo definitivo de confección del Plan Director.

Se trata, pues, de una obra de capital importancia para conocer lo que puede ser la Cooperación Española y no sólo por sus connotaciones institucionales

sino, sobre todo, por su contenido mismo. No es exagerado situarla a la altura de obras semejantes publicadas en otros países de la Unión Europea. Un ejemplo es el Libro Blanco del Department of International Development (DFID), impulsado por la ministra británica Clare Short (*Eliminating World Poverty: A Challenge for the 21<sup>st</sup> Century*, noviembre 1997. [www.dfid.gov.uk/public](http://www.dfid.gov.uk/public)). El libro comienza describiendo sobria y seriamente el *contexto histórico* en el que hay que situar la llamada “ayuda al desarrollo” y que los autores no dudan de clasificar como aquejado de una profunda crisis que no sólo incluye la notoria disminución de las cuantías a escala mundial sino también los cambios que se están produciendo en los actores por ambas partes de la relación, a saber, el mundo rico y el mundo “en desarrollo”. Otra cosa es si tal calificación se corresponde con los países a los que se quiere denominar y que sería más claro si, simplemente, se le denominara “mundo pobre” o, como también se hace en el libro, Sur. Fieles a las características de la obra, los autores no se recrean en la crisis, que reconocen, y en los defectos del pasado, que igualmente subrayan, sino que buscan plantear los *retos* que tendría que afrontar el sistema de cooperación en su conjunto. Para bajar a los detalles, el libro une esos retos con un *balance del sistema español de cooperación* que recoge y amplía otros trabajos anteriores en la misma dirección. La estructura del libro, llegados aquí, es muy clara y, viniendo de economistas, es cualquier cosa menos economicista. El primer paso a dar después de lo dicho es establecer los *principios*, las *prioridades sectoriales* y *geográficas* (sigo sin entender qué

hace Vietnam en la lista y por qué no está Ecuador, pero ése es problema mío) y los *objetivos*. El tono general se establece en el capítulo 6 al abogar por un “multilateralismo activo, selectivo y estratégico” que permite situar la cooperación española en su contexto institucional de los organismos internacionales. Vienen después las *estrategias de intervención* que se abordan desde dos perspectivas complementarias, la *transversal* (lucha contra la pobreza, sostenibilidad medioambiental y la equidad de género) y la de los *sectores prioritarios* (necesidades básicas, el ser humano, las infraestructuras, el medio ambiente, la política y, de particular interés para los lectores de esta revista, la paz). Establecidos los fines y las estrategias, vienen a continuación los medios o *instrumentos* a aplicar de los que da un amplio elenco (proyectos, ayudas, créditos –y microcréditos–, gestión de la deuda externa, cofinanciación de ONGD y actividades de investigación y sensibilización) y, finalmente, aparecen los principales *actores* en la política de ayuda, a saber, las administraciones (central, autonómicas y locales), las empresas y las ONGD. Académicos, funcionarios, técnicos y miembros de ONGD encontrarán información, perspectivas y un estado de la cuestión que les será, sin duda, de utilidad.

José María Tortosa  
Profesor de Sociología en la  
Universidad de Alicante

## **GROUPE DE RECHERCHE ET D’INFORMATION SUR LA PAIX ET LA SECURITÉ (GRIP)**

Bernard Adam y otros, *La nouvelle architecture de sécurité en Europe*, Les livres du GRIP núm. 233-235, GRIP/Complexe, Bruselas 1999, 194 páginas.

Bernard Adam, coordinador, *La guerre du Kosovo – Éclairages et commentaires*, Les livres du GRIP núm. 239-140, GRIP/Complexe, Bruselas 1999, 179 páginas.

En otoño de 1982 veía la luz el primer número de la revista trimestral *Gyroscope*, que dirigida por el infatigable investigador de la paz Bernard Adam habría de servir para dar salida en forma periódica y regular a las publicaciones del GRIP. La difusión de sus trabajos de análisis e investigación ha continuado hasta el presente y, aunque la revista ya no conserva su anterior nombre de raíz griega, los textos que aquí se comentan son los herederos de aquel temprano empeño. En pleno debate sobre la seguridad europea y con los “euromisiles” convocando la atención de la opinión pública de nuestro continente, el GRIP dio entonces un importante paso adelante al hacer más asequibles sus publicaciones. Sus iniciales correspondían entonces a *Groupe de recherche et d’information sur la paix*, y con el lanzamiento de la

citada revista pretendía culminar y acelerar la actividad desarrollada durante los tres años anteriores, que había cuajado en más de sesenta documentos informativos sobre la defensa y la carrera de armamentos. Se puede afirmar ahora que el GRIP constituyó entonces en Europa una avanzadilla en lo que entonces se entendía como investigación para la paz. Una combinación de investigación analítica y de publicaciones serias y bien orientadas, con un cierto activismo en la calle, que por entonces –y desde la perspectiva de la capital belga– parecía imprescindible para movilizar a la opinión pública europea, abrumada por la carrera de armamentos nucleares y sensibilizada por la omnipresencia de la OTAN en una Europa que se construía con elementos aparentemente poco coherentes y cuyas perspectivas de futuro no se veían todavía claras. Ahora el GRIP, con sus mismas iniciales, tiene otro nombre: *Groupe de recherche et d'information sur la paix et la sécurité*, pero su actividad parece ser la misma y el espíritu de su fundador, Bernard Adam, sigue activo e impregna toda la actividad del Grupo. La ligera modificación en la denominación del Grupo pone de manifiesto que, para sus analistas, no es ya la paz el único objetivo (ni el pacifismo una meta, tan devaluada e imprecisa como ha llegado a hacerse ya esta palabra), y que es necesario abordar los vastos problemas de la seguridad para que la investigación para la paz adquiera la profundidad necesaria en sus perspectivas. Hay un factor común en los dos libros que aquí se comentan: ambos concluyen con el mismo capítulo escrito por B. Adam tras

la guerra de Kosovo, en el que se tratan las consecuencias de este conflicto para el futuro de la seguridad europea. Aparte de mostrar la vivacidad del pensamiento del ya veterano investigador, esto muestra que la que quizá en el futuro sea llamada en los libros de Historia “la guerra de la OTAN contra Yugoslavia”, ha supuesto el comienzo de una reflexión seria sobre Europa, la OTAN, la guerra, sus fines políticos, la ONU y EE UU. Los dos textos son, por otra parte, de naturaleza bastante distinta. *La nouvelle architecture...* es un interesante y útil libro de referencia en el que cinco distintos autores –dos belgas, un británico y un francés– analizan sistemáticamente la Unión Europea, la OTAN, la OSCE y la UEO. El prefacio escrito por el entonces ministro belga de Defensa parece anticipar que el resto del libro va a ser más descriptivo que crítico. Y así es la realidad, con la excepción, ya antes citada, del capítulo final del director del GRIP relativo a la guerra de Kosovo. Sin embargo, hay cuestiones interesantes tratadas desde interesantes perspectivas. Así, por ejemplo, el investigador del GRIP André Dumoulin ofrece al lector estas seis distintas perspectivas sobre lo que podría significar la ampliación de la OTAN (pág. 51):

- Facilitar el acceso a los mercados sin ocupar territorios, transfiriendo valores y modelos parecidos al mesianismo de “la nueva frontera”;
- Un medio oportunista para establecer un cordón sanitario en torno a una Rusia políticamente incierta;
- Un instrumento que favorece a una OTAN globalizada para

proteger a una futura “Unión Atlántica”, amplio mercado transoceánico que, a la larga, requerirá también una moneda única;

- Un instrumento que, a largo plazo, asegurará la defensa desde Vancouver a Vladivostok, para la seguridad de una OSCE reforzada mediante la OTAN;
- El instrumento sutil de una voluntarista implicación rusa en la seguridad del viejo continente a través de un condominio desigual con EE UU, si Rusia llega a integrarse a la larga en la OTAN;
- El medio indirecto de que la OTAN encuentre una nueva razón de ser, abriéndose hacia el exterior –“misiones fuerza de zona”– con el riesgo de desnaturalizar la Alianza y convertirá en una organización válida para todo tipo de misiones.

Esto es un ejemplo de multiplicidad de puntos de vista sobre las repercusiones que puede tener un hecho concreto –la ampliación al Este de la OTAN– en función de circunstancias específicas y de análisis parciales que se desarrollan por separado. Y también un modo, no muy original por cierto, de acertar siempre a largo plazo, puesto que es muy difícil que alguna de las posibilidades no se llegue a cumplir, aunque sea parcialmente. Lo único que se echa de menos en el segundo texto comentado, *La guerre du Kosovo*, es que no hubiese visto la luz algunas semanas después, concluidos los ataques e iniciada la ocupación de la provincia serbia por las fuerzas internacionales. Pero esto es inevitable si se desea publicar a tiempo un documento completo y críticamente analítico sobre el conflicto que ha ensangrentado la

primavera europea de 1999. Este texto, que podría ser un breve manual sobre la guerra citada, no tiene realmente desperdicio y una quincena de autores, en su mayoría colaboradores directos del GRIP, abordan el conflicto desde muchos puntos de vista. De este modo, muchos aspectos de interés son tratados con detenimiento: ¿era previsible la guerra?, ¿hizo la diplomacia todo lo que estuvo en su mano?, ¿cuál era la estructura política en Serbia?, ¿y la de las fuerzas políticas de Kosovo?, ¿cómo creció el Ejército de Liberación de Kosovo? La intervención de la OTAN se estudia ampliamente. Se alude a los derechos humanos y al derecho de intervención en los asuntos internos de los Estados, a la actuación de Rusia, se estudian las enseñanzas militares del conflicto y la actuación de los medios de comunicación, entre los aspectos más destacados. Pero tiene especial interés el último capítulo, ya anteriormente citado, escrito por B. Adams, sobre las lecciones que de esa guerra pueden extraerse en relación con la seguridad europea. “Por desconocimiento de la realidad yugoslava, los europeos y la comunidad internacional han cometido numerosos errores intentando resolver, caso por caso, los problemas de la ex-Yugoslavia a medida que iban apareciendo, sin poseer una estrategia de conjunto” (pág. 149), afirma el autor, y lo demuestra cumplidamente en el texto comentado. La miopía europea y norteamericana hizo que en los acuerdos de Dayton, de noviembre de 1995, sólo se considerara el problema de Bosnia, cuando Kosovo mostraba ya graves síntomas de peligrosidad.

Por otro lado, citando a Catherine Samary, recuerda que “atribuir el conjunto de la política de limpieza étnica solo al gobierno serbio, para legitimar *a posteriori* las bombas contra Belgrado, es seleccionar de un modo equívoco una parte de la Historia”.

Quien estas línea firma no puede por menos de estar plenamente de acuerdo con las consideraciones estratégico-militares de B. Adam, quien muestra el fracaso de la estrategia adoptada por la OTAN y su desadaptación a los fines políticos perseguidos. Éstos, expuestos por Javier Solana el 23 de marzo, eran:

- aceptación del texto de Rambouillet por el gobierno de Belgrado;
- limitación de las fuerzas serbias de seguridad en Kosovo;
- poner fin al uso excesivo y desproporcionado de la represión serbia.

A lo que añadió que las acciones militares tendrían por objetivo “interrumpir los ataques violentos perpetrados por las fuerzas armadas y las fuerzas especiales de policía serbia y reducir sus posibilidades de prolongar la catástrofe humanitaria.

No merece la pena insistir en todo lo que ya ha sido escrito sobre esta cuestión (véase, como muestra, la página web que el CIP mantiene en Internet) pero el libro que aquí se comenta sirve para recopilar los muchos argumentos que se han vertido desde todos los puntos de vista.

Una de las conclusiones finales del trabajo (pág. 179) no puede por menos de ser suscrita por todos los que se preocupen, desde una perspectiva globalizada, por la paz del mundo: “El uso de la fuerza debe ser una opción de último extremo, a utilizar de

modo preventivo más que coercitivo. El peso político de la Unión Europea resultará reforzado si opta decididamente por una política de prevención de los conflictos, contribuyendo al robustecimiento de la ONU y de la OSCE”.

*Alberto Piris*  
CIP

### **Palestine Poverty Report 1998**

National Commission for Poverty Alleviation  
Palestinian National Authority, 176 páginas.

A pocos kilómetros del centro de Jerusalén se ve, a un lado, una ciudad periférica con jardines, rotondas, centros comerciales y al otro, casas semi destruidas en el paisaje desértico y numerosos niños que juegan en la calle. Son los asentamientos israelíes, las barriadas pobres y los campos de refugiados palestinos.

Riqueza y pobreza en Palestina, dos caras de una realidad altamente compleja. Palestina tiene un sector de población cada vez más pobre y una elite rica que vive de la especulación y de la Autoridad Nacional Palestina (ANP). En Israel, los Askenazi están relacionados con el poder económico y político, mientras que los Sefardíes son y se consideran marginados. Además, ahora se suman los judíos rusos y los inmigrantes, aunque las líneas de origen étnico y procedencia no son totalmente equivalentes a la división de los ingresos. En este marco, la pobreza en Palestina es el mayor desafío del

seudo-Estado actual y del futuro Estado débil. En Israel, por otra parte, evitar que crezca la exclusión social de algunos sectores y consolidar un Estado benefactor será uno de los grandes desafíos futuros.

Un informe reciente, *Palestinian Poverty Report*, encargado por la Autoridad Nacional Palestina analiza la situación de pobreza tanto en Cisjordania como en Gaza, trazando un arco desde la historia de este fenómeno pseudo-económico y qué circunstancias históricas la generan, hasta los programas de apoyo social y las políticas a seguir para aliviarla o prevenirla.

El informe define la pobreza como: “escasez de ingresos mínimos o recursos para satisfacer las necesidades básicas” o la “incapacidad de mantener un nivel mínimo de vida”. Esta perspectiva solamente económica de la pobreza es considerada, sin embargo, demasiado simplista. La pobreza es multidimensional, material, mental, política, aunque el factor material es el que más destaca. El concepto no se debe tomar de manera aislada, está directamente relacionado con otros tales como:

-*la vulnerabilidad*, de algunos sectores, por ejemplo los refugiados, que se encuentran tanto dentro como fuera de Palestina.

-*desigualdad*, regional. En Gaza, la zona más pobre y poblada bajo control palestino, el impacto será mayor que en Cisjordania en la próxima década.

-*exclusión*, generalmente las personas pobres son excluidas de la plena participación en la sociedad.

-*desarrollo humano*, la reducción en el índice de mortalidad infantil, el incremento de la esperanza de vida y el acceso a los servicios

sanitarios, entre otros, son indicadores directamente relacionados con la pobreza. Paul Streeten en el *Informe sobre desarrollo humano de 1999* señala que, además del aumento en el ingreso y riqueza hay otras condiciones que son más valoradas, como el acceso al agua limpia, más y mejor escolaridad, mejores servicios médicos, condiciones de trabajo buenas y seguras, libertad de circulación y expresión.

Las causas de la pobreza palestina tienen sus raíces en la ocupación militar, la confiscación de tierras, los asentamientos israelíes, la demolición de casas, los cierres en Gaza y el West Bank, la escasez de recursos naturales como el agua, entre otros. La historia de Palestina viene marcada por una desposesión progresiva de la tierra, de los derechos, del concepto de ciudadanía y de los bienes. Ahora los palestinos tratan de recuperar las tierras perdidas, los bienes y los derechos, aunque de nuevo se encuentran frente el obstáculo de la escasez. El informe analiza también las características de la pobreza y sus causas directas, esto es:

-*geográficas*: existen serias desigualdades entre zonas. El índice de pobreza es mayor en la franja de Gaza que en Cisjordania, pero también hay importantes bolsas de pobreza en Hebrón, al sur y Jenin, al norte. Cuando se excluye a Jerusalén, los índices de pobreza aumentan en Cisjordania. Por esta razón en el *Human Development Profile 1996-1997* se examina a esta ciudad con medidas distintas.

-*demográficas*: cuantos más hijos, mayor pobreza, dice el informe. Los más altos índices se encuentran en las familias con 10 o más miembros. Se debe destacar

la feminización de la pobreza. No existen estadísticas fiables pero se sabe que cuando la mujer está a cargo de la familia, ésta es más propensa a sufrir precariedades económicas. Para que un proceso de desarrollo tenga éxito las mujeres deben poder ejercer todos sus derechos económicos, sociales y políticos.

*-socioeconómicas:* la educación está directamente relacionada con el descenso de la pobreza. Los sectores con mayor nivel educativo tienen más herramientas para afrontar tal situación.

Un aspecto aparentemente contradictorio es el trabajo. Aunque parezca lo contrario, tener empleo no garantiza la ausencia de pobreza. El nivel es más bajo en el sector público o para los que trabajan en Israel. Trabajar ahí no siempre es fácil debido a los cierres de fronteras que ejerce Israel y a los trabajos no cualificados en el sector de la construcción. Pero la dependencia de los trabajadores palestinos del mercado laboral israelí tiene consecuencias negativas para la economía y la sociedad palestina. Si, además, se tiene en cuenta la entrada de inmigrantes legales e ilegales, esta situación se agrava. Para enfrentar esta compleja situación existen tres organizaciones en Gaza y en Cisjordania, además de otras no gubernamentales propias e internacionales. Entre éstas, el *Ministerio de Asuntos Sociales*, es el mayor en cuanto a número de beneficiarios. Se ocupa de las familias de los prisioneros, de su rehabilitación cuando son liberados y de las familias que han perdido sus ingresos debido a viudedad, enfermedad e incapacidad. El *UNRWA* (United Nations Relief and Work Agency): su trabajo se orienta a

los refugiados, particularmente las viudas, ancianos y personas con enfermedades crónicas, tanto en Cisjordania como en Gaza, donde hay más campos de refugiados. El *Comité AL-Zakah* centra su labor en colaborar cuando el cabeza de familia ha muerto o cuando padece una discapacidad total o parcial. También provee fondos para orfanatos.

Además de este análisis, el informe indica diversas políticas que debieran tomarse para aliviar la pobreza, considerando los recursos disponibles y las diferencias en algunos sectores de la sociedad, áreas geográficas y residenciales más vulnerables. Algunas de éstas políticas están destinadas a:

- a) los excluidos del mercado laboral. La exclusión del ámbito laboral es una cuestión clave. Es consecuencia de la dependencia de la economía palestina de Israel y del reducido mercado laboral local. La Autoridad Nacional Palestina debiera poner más énfasis en la provisión de servicios básicos, y debiera crear el clima necesario para que puedan surgir oportunidades de trabajo.
- b) los trabajadores en activo. Existe el problema de la diferencia en los mercados laborales israelí y palestino. En el primero, los salarios son más altos, aunque los trabajos son más inestables; el segundo está caracterizado por la falta de seguridad en el trabajo. Debiera establecerse un salario mínimo en el mercado palestino, tanto en el sector público como en el privado.
- c) a las áreas más afectadas de Cisjordania y Gaza. Las zonas del sur están más afectadas que las del norte aunque existen otras, como Jenin, en el norte de Cisjordania, donde la pobreza ha aumentado.

Las políticas debieran centrarse geográficamente en los pueblos al sur de Cisjordania, Hebrón por ejemplo y Jenin, al norte, y en los campos de refugiados del centro y sur de Gaza.

Todas estas acciones, como recomienda el informe, deben llevarse a cabo dentro de una estrategia de desarrollo que debe tener en cuenta el contexto, los grupos vulnerables y las circunstancias económicas y políticas de las distintas áreas palestinas y los recursos disponibles.

*Lorena Bilbao Trecha*  
Universidad de Deusto y CIP.

## SIMÓN PERES

### Que salga el sol

Seix Barral, Barcelona, 1999,  
160 páginas.

Simón Peres representa un notable caso de metamorfosis política. En 1957, el más beligerante de los ministros laboristas israelíes, persuadía a sus colegas de la necesidad de dotar a Israel de un arsenal de armas nucleares. Hoy, el premio Nobel de la Paz está convencido de que en un futuro no lejano Israel podrá prescindir de sus bombas, puesto que las guerras, como la lepra, son un mal que ya tiene curación. En torno a este postulado gira la obra más reciente de Peres. Libre del pesado *argot* de las ciencias políticas, *Que salga el sol* es un libro de fácil lectura. Esto no significa que el autor carezca de ambiciones. Simón Peres querría sacudir a los estadistas de su

modorra, llamándoles a enfrentar el reto del futuro. Una tarea que no admite postergaciones, pues el futuro está aquí.

Empleando el libro bíblico del Éxodo como metáfora, Peres afirma que durante siglos el género humano ha vivido sometido a la tiranía del estado faraónico. Empeñado en conquistar nuevos recursos naturales o en preservar los propios, el faraón vive en permanente conflicto con sus vecinos, de modo que lo que conocemos por historia no es otra cosa que el eterno ciclo de las guerras y los armisticios. Así como Platón consideró la esclavitud un fenómeno inmanente a la sociedad, las guerras todavía son percibidas como azotes naturales ante los cuales sólo cabe la resignación. Peres sostiene que esta visión fatalista no tiene razón de ser. Del mismo modo que la revolución industrial apagó los últimos rescoldos de la esclavitud, los avances de la ciencia –sobre todo en el campo de la informática– asociados con la globalización de la economía, nos permiten sacudirnos del yugo de la guerra. El cerebro humano ha sustituido a la Madre Tierra como principal productor de riquezas. Para comprobarlo basta con asomarse a la Bolsa de Wall Street y cotejar la desvalorización de las compañías petrolíferas con el alza geométrica de las firmas de Internet. En el fondo, lo que se cotiza no es el ordenador sino el intelecto que lo ha creado. Y siendo la creatividad un buen abstracto, no hay ejército que pueda conquistar o defender ese bastión. Volviendo a la metáfora del Éxodo, Peres cree que han madurado las condiciones para que el hombre se forje un nuevo destino lejos de las provincias

faraónicas del hambre y de las guerras. Para conseguirlo, hace falta un estadista visionario –un moderno Moisés– decidido a romper las añejas estructuras del poder centralista, sustituyéndolas por estamentos de autoridad horizontal, capaces de abrir amplios horizontes al talento humano.

Enfocada en Oriente Medio, la visión de Peres no ignora los peligros que acechan al proceso de paz, siendo el fundamentalismo el más ostensible de todos. Fuerza reaccionaria donde las hubiera, el fundamentalismo es el lamento del esclavo que añora retroceder a ese estado de falta de responsabilidad que para muchos es también una forma de felicidad.

En el capítulo que dedica a los acuerdos de Oslo (1993), el autor confiesa no haber previsto el antagonismo que dicho pacto generaría dentro de Israel. Un antagonismo que culminó con el asesinato de Isaac Rabin a manos de un fanático religioso. Hay que saltarse dos capítulos para entender la razón por la cual un visionario-pragmático como Peres, no fue capaz de vislumbrar los odios que bullirían en el bando realigioso-nacionalista. De las páginas en que analiza el Judaísmo, se proyecta una visión idílica y sentimental en la que el autor ignora que esta religión poco ha evolucionado desde la época del Segundo Templo. Simón Peres dirige un dedo acusador a las instituciones religiosas, pero se niega a encuadrar a la religión *per se* entre los atavismos que nos atan al mundo de ayer. Así como los fanáticos ignoran la dimensión humanista del Judaísmo, Peres se tapa los ojos frente al factor tribal, plasmado en la conquista de la

Tierra Prometida, cuando el Altísimo mandó a Josué a pasar por la espada a los hombres de Amalek y a esclavizar a sus mujeres y niños. Como buen positivista, el ex mandatario menciona, pero no reconoce, la trascendencia de los demonios atávicos que habitan en el hombre a los que ningún programa informático, por espléndido que fuere, podría embridar. ¿Se puede inscribir a Simón Peres en la tradición de los utopistas del género de Tomás Moro o Campanella? Así quisieran verle sus detractores, para quienes el mero hecho de reflexionar constituye el colmo del irrealismo. Mas a diferencia de las utopías clásicas, forjadas en las torres de marfil de las academias, *Que salga el sol* está hecho en base a otros materiales. A las rudas experiencias que al autor ha acumulado en una larga y versátil trayectoria, en el epicentro de la toma de decisiones.

Ramy Wurgaft  
Periodista

**PALOMA DE VILLOTA (Ed.)**

**Globalización y género**  
Editorial Síntesis. Madrid  
1999, 415 páginas.

Este libro recoge las ponencias presentadas en el seminario “Las relaciones Norte-Sur desde la perspectiva de género”, organizado por el Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense entre 1995 y 1998. El libro está dividido en cuatro partes: el desarrollo desde la perspectiva

de género, la globalización y los movimientos migratorios, análisis de casos en el proceso de globalización, y las ONGD y la cooperación al desarrollo; con los que alcanza una aproximación bastante integral al tema de las relaciones entre globalización, desarrollo y género. No obstante, se percibe una falta de equilibrio en el volumen de esas partes; la primera, que presenta básicamente un marco teórico, ocupa más de la mitad del libro y algunos de sus capítulos reiteran temas abordados en otros; mientras que en la tercera y en la cuarta parte se echan en falta artículos que enriquezcan la visión sobre los efectos de la globalización en espacios socioculturales concretos, y sobre las funciones y las limitaciones actuales de las ONGD.

Hay tres aspectos centrales que salen a relucir a lo largo del libro: 1) que la pobreza y los reajustes económicos afectan más a las mujeres, particularmente en los países del Tercer Mundo; 2) el largo proceso que ha debido atravesar la perspectiva de género, antes de ser validada en los análisis sobre desigualdad y pobreza; y 3) la educación y el empleo en igualdad de condiciones como herramientas fundamentales para garantizar el reconocimiento social y el desarrollo de las mujeres. En la primera parte se resaltan casos que demuestran cómo la pobreza o la deuda externa de los países del Tercer Mundo afectan más gravemente a las mujeres, en quienes se aplican las mayores restricciones que impone la miseria; desde ahí, se realiza un abordaje a la paulatina introducción del enfoque de género en los análisis sobre

desigualdad y pobreza, y a los principales planteamientos elaborados para mejorar las condiciones de la mujer. Destaca la crítica de Itziar Fernández a la perspectiva de “integración de la mujer en el desarrollo”, por la que se intenta introducir a la mujer en la economía de mercado a través de ocupaciones marginales o “estrictamente femeninas” (costura, artesanía), pues además, aunque tal planteamiento fuera característico en los años setenta, se sigue aplicando en no pocos proyectos actuales.

Un capítulo muy interesante es “Mujeres y desarrollo: una introducción”, donde Haleh Ashfar presenta un recuento de los prejuicios y obstáculos que durante décadas han impedido una introducción eficaz del enfoque de género en los análisis económicos y en los proyectos desarrollistas. Tal recuento incluye casos específicos donde se evidencia, por ejemplo, la inoperatividad de las propuestas feministas occidentales en sociedades donde la tradición cultural, económica, o los mismos mapas sentimentales de las mujeres, dibujan otras perspectivas y el anhelo por soluciones más acordes con las tradiciones a las que se sienten íntimamente vinculadas. Por otro lado, destaca el artículo de Rossi Braidotti, “Figuraciones de nomadismo. Identidad europea en una perspectiva crítica”, porque además de apostar por el nomadismo cultural como estrategia para el desarrollo personal, la autora señala que el europeo debe abandonar una actitud que sólo ubica las desigualdades de género y los grandes problemas económicos en los países pobres. En la segunda parte,

“Globalización y movimientos migratorios”, se critica una política europea que no sólo yergue muros para impedir el ingreso de inmigrantes, sino que obstaculiza la integración de los que ya habitan en Europa, por medio de programas y leyes que los mantienen en la marginalidad, en particular a las mujeres inmigrantes. Asimismo, resalta la crítica de Alberto Tarozzi a un proceso de globalización que ensalza la circulación de mercaderías mientras obstaculiza el de las personas, en particular si éstas se trasladan hacia países ricos; paradoja mayor cuando el modelo de bienestar que se vende en los países pobres propulsa la migración hacia aquéllos donde se identifica tal bienestar. “Los movimientos migratorios del Sur al Norte como procesos de género”, de Carmen Gregorio, puede ser una herramienta bastante útil para quienes estén investigando en los procesos migratorios, independientemente de que el estudio este enfocado o no en las mujeres inmigrantes. Se agradece un estilo que conjuga bien apuntes teóricos y casos específicos.

La tercera parte, Análisis de casos en el proceso de globalización, incluye artículos esclarecedores sobre la incidencia de la pobreza, la globalización o los programas de desarrollo en colectivos femeninos concretos: el trabajo de mujeres chilenas, las exportaciones agrícolas no tradicionales; estrategias de supervivencia en Arequipa (Perú); el impacto de los reajustes económicos sobre las mujeres africanas, y dos capítulos centrados en la evolución del papel femenino en China. Esta aproximación a casos específicos permite una visión más aguda sobre la diversa realidad de los

colectivos femeninos en distintas regiones del mundo, así como a efectos concretos de la globalización y la pobreza en grupos humanos bien determinados; por lo mismo, aunque, como ya se indicara al principio, esta parte podría haber sido enriquecida con más casos procedentes de otras regiones socioculturales.

Entre los capítulos que componen esta tercera parte destaca “El impacto de los programas de ajuste estructural en las mujeres africanas”, de Patricia Bifani, pues resulta un artículo preciso para alcanzar una aproximación, mínima pero integral, a los devastadores efectos en la salud, educación y mera supervivencia, que los programas de ajuste exigidos por el FMI han producido en África, especialmente en las mujeres. El capítulo incluye, además, ejemplos de soluciones prácticas, que algunos grupos de mujeres han creado para contrarrestar la crisis, o para responder a las restricciones económicas que pueden sufrir por su condición femenina.

Los dos capítulos que componen la cuarta parte, las ONGD y la cooperación al desarrollo, abordan las perspectivas sobre género y desarrollo desplegadas en el ámbito de las ONGD. Destaca el artículo de Menchu Ajamil, quien resalta la necesidad de elaborar estrategias, sobre todo educativas, que incluyan a las mujeres, pero también a los hombres, para lograr una eficaz transformación de las estructuras que permiten la reproducción de la pobreza y las desigualdades por género.

*Karina Pacheco Medrano*  
Historiadora y antropóloga  
peruana

**JOSE MANUEL MARTÍN  
MEDEM**

**La guerra contra los niños**  
Edición El Viejo Topo. 1998,  
274 páginas

La naturaleza humana sufre un proceso normal: antes de madurar y envejecer debemos ser, primero, niños y jóvenes. En esa etapa de la ternura, los pañales y el biberón, se afianza el desarrollo psicológico, afectivo y emocional del que será en el porvenir ciudadano universal. Pero cabe hacernos esta pregunta: ¿están todos los niños protegidos por su familia y el Estado para que así suceda?

El libro de José M. Martín Medem nos va descubriendo, a través de cada página y datos precisos, que esto no acontece. Ellos, los niños, sufren su propia guerra –que implica otra manera de combatir– a través de imposiciones terribles como la prostitución, la explotación laboral, la drogodependencia, la venta de órganos, el secuestro y el turismo sexual infantil extendido a lo largo y ancho del planeta. Según el PNUD, menos del 10 % de la población mundial tiene la posibilidad de influir sobre las decisiones que determinan sus condiciones de vida.

Para ser más concretos, Medem afirma que América Latina (México, Guatemala, República Dominicana, Argentina, Perú, Colombia...) es un semillero de niños de la calle que, hambrientos y explotados por su propia familia, deambulan prostituyéndose para poder comer o drogarse. Uruguay no es la excepción; allí se produjo una polémica alianza caritativa para “apoyar con alimentos a niños de zonas marginadas”. Sin embargo,

son Colombia, Brasil y Chile los países que encabezan la clasificación de ese muladar de la injusticia. El propio Banco Mundial apunta que no hay en el mundo una región con más desigualdades que América Latina.

Desde cualquier óptica, los niños más pobres del mundo, constituyen carne de cañón en las guerras actuales, convirtiéndose de ese modo en combatientes condicionados por la prepotencia, el hambre y el desamparo. En 25 países, miles de niños menores de dieciséis años son reclutados para ir al frente.

Cada dos segundos muere un niño como consecuencia del hambre, las enfermedades, la marginación y la violencia. Según UNICEF, la mayoría de los niños de nuestro planeta son pobres y la mayoría de los pobres, son niños. Datos de OIT señalan que trabajan al menos el 20 % de ellos en América Latina, siendo la mayoría indígenas y negros.

De Haití a Pakistán, de Brasil a Uganda, los niños son explotados desde los seis años. La mafia de las alfombras explota a niños en Pakistán, India y Nepal; en el sur de Colombia, en un volcán extinguido, niños y niñas arrancan bloques de hielo, a 4.000 metros de altura, para venderlos en las cantinas. Es como si el llamado Tercer Mundo castigara por sus carencias elementales a los más débiles e indefensos.

La prostitución infantil está tan desarrollada, que existen agencias de viajes que los incluyen como programas de atracción turística. Investigaciones realizadas por expertos, han llegado a la conclusión de que la industria del sexo se expandió durante la guerra de Indochina, tras el acuerdo de 1976 que permitía a los soldados estadounidenses

destacados en Vietnam pasar el tiempo de permiso en Tailandia. Asimismo, James Petras atribuye al Banco Mundial la responsabilidad de un Plan Nacional de Desarrollo de Turismo que incluía la oferta de la industria del sexo. Desde entonces, se ha constatado el reclutamiento de niñas, a gran escala, para la prostitución.

Para clarificar este panorama hay que apuntar con dedo acusador a una red de prostitución y pornografía infantil que en Sicilia y Luxemburgo utilizaba a niños de ocho a trece años importados de Brasil y la ex Yugoslavia, con absoluta impunidad durante veinte años.

Por otra parte, no son excepciones países como Nicaragua, Colombia, Guatemala, Argentina y muchos más. Tal vez resulte muy oportuno destacar que en Chile, los guardaespaldas del general Augusto Pinochet le llevaban al dormitorio a los niños acogidos en su internado. Los recibía con una pistola en su mesilla de noche y les decía: "no cuentas nada, sé donde vive tu madre y sé que está sola".

Al cabo de esta realidad cruda y cruel, que nos atenaza el corazón y nos obliga a apretar los puños de impotencia y rebeldía, cabe preguntarse: ¿qué hacen los gobiernos del mundo para que esto siga sucediendo? ¿Es que acaso los hijos de los que se proclaman amos del poder, son diferentes? Nacemos todos del mismo modo y, según la Convención sobre los Derechos del Niño, en su artículo 34, se obliga a todos los gobiernos a impedir la incitación o la coacción para que un niño se dedique a cualquier actividad sexual ilegal o a la prostitución. De nada vale que existan reglas jurídicas, si aquellos que nos gobiernan y

tienen acceso a este tipo de denuncias, mantienen una postura de indiferencia. Mientras ello suceda, la impunidad crecerá como mala hierba y los niños, nuestros niños, los pobres niños del mundo, seguirán siendo víctimas inocentes de la alienación de los adultos.

*Elsa Velasco*  
CIP

**CHRISTIAN FELBER**  
**Hacia un futuro ecológico.**  
**El paciente España**  
Colección Ciencia. Serie  
Política Editorial  
Fundamentos 1998,  
313 páginas

Cuando pensamos, leemos o decimos ecología, suponemos que se trata de selvas, ríos, fauna y flora de nuestro planeta. Sin embargo, Christian Felber, a través de un análisis en profundidad del entorno real, nos hace percibir el universo como un TODO: poder, política, economía y militarismo, riqueza y miseria, deuda externa, vasallaje y dominación. En su opinión, mientras que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU sigan efectuando más del 90 % de los 20.000 millones de dólares anuales de ventas de armas a los países pobres, seguiremos alejados de la tan anhelada paz mundial. Y eso también es ecología, ya que afecta directamente a nuestro medio ambiente y a los ecosistemas. En el final de este siglo ha aumentado peligrosamente la

ansiedad de consumo: dejamos de lado hábitos saludables como el montar en bicicleta, reforestar, practicar la agricultura ecológica, recuperar ríos y arroyos contaminados, combatir la erosión y utilizar medios de transportes limpios, menos contaminantes. Si lo hiciéramos, estaríamos contribuyendo a sanear nuestro medio ambiente, enfermo ya de asfixia aguda.

Para tener una idea clara de todos los aspectos involucrados en la ecología, hay que prestar atención a sus diferentes tópicos. Al recorrer las páginas de este libro nos internamos en todos los confines de este barco, navegando a la deriva sobre mares cada vez más contaminados a los que llamamos Tierra. Ella es nuestra única gran casa, la que no sólo habitaron nuestros antepasados, sino en la que ahora vivimos nosotros y en la que nuestros hijos, al igual que todos, tejerán sueños que anhelamos no sean meras utopías. Porque los ecosistemas reúnen componentes bióticos y abióticos, sin que por eso unos sean más hermosos que otros. Si no cuidamos, limpiamos y protegemos nuestro habitat, estamos contribuyendo a su destrucción. Pese a que el hombre habita el planeta desde hace dos millones de años, la era industrial fósil sólo tiene doscientos años. Los cambios climáticos bruscos están provocando con más frecuencia, verdaderas catástrofes: granizadas, huracanes, deshielo de grandes cumbres e inundaciones. Entre la ciudad industrial y la ciudad orgánica, se mece la esperanza del futuro. Antes de que sea demasiado tarde, contribuyamos cada uno a que el planeta azul vuelva a ser tan bello y limpio como antaño. Que podamos beber agua cristalina en

el cauce de los ríos, pasearnos bajo el follaje umbrío y oxigenado de las selvas y los bosques, que llenemos nuestros pulmones de aire fresco y vital, posibilitando así que cada habitante de la tierra tenga derecho a disfrutar de este pequeño universo, poniendo en práctica su cuota de responsabilidad. Y que los dueños de esta economía salvaje recapaciten, para que la riqueza, el trabajo, la educación y la salud no sean privilegio de minorías, sino el logro definitivo de una decisión global. Transformemos toda la ecología en una disciplina capaz de combatir la deshumanización, la indiferencia, la ambición desmedida, en la prioridad de vivir sin zozobras, hasta el último confín del universo.

*Soledad López*  
Escritora uruguaya